

Recado de Chile

Carmen Berenguer

Dos enes ocuparon mi ciudad sitiada. N.N. fue escrito en el patio México del Cementerio General. N.N. fueron las bolsas de plástico en el mar Pacífico. N.N. fue la mujer ensacada del norte. N.N. diseminado en la torre de alta tensión. N.N. fue la transmisión oral y clandestina. N.N. tuvo la familia chilena. N.N. transformó la prensa nacional. N.N. se borró en el registro civil. N.N. se quemó en la ley. N.N. hizo regional tu nombre. N.N. fue el prisionero de mi memoria. N.N. fue el simulacro de tu nombre verdadero. N.N. te hizo irreal. Una investidura de cal ha engastado tu nombre.

Si te encontrara escribiría solamente N.N. en las cortezas de los arboles; enamorada hasta encontrarte, dibujaría corazones en el aire con tu nombre. Y mi lengua diría: N.N. hasta despapilarse. Se despedraría por un beso tuyo. Un beso más en mi lengua rendida la haría aullarte. Y quizás ahuyentándote, agotaría su reserva salival y rayaría en el Norte tus iniciales. Raparía N.N. en mi nuca. Borraría N.N. en mis muñecas.

Haría que no dejara de rumiarte porque mi cama está caliente. Usaría radicalmente tu nombre completo. Te nombraría tal vez, de una forma furtiva y a toda prisa viviría sólo por eso. No para que volvieras, sino para que yo volviera. Por eso y sólo por eso haría una legua de nombres en mi Sur. Con tu nombre borraría el Sur. Con tus iniciales haría una escritura de la ausencia. Con tus huellas reharía la caminata de mi vida. Encima de tu cuerpo me restregaría hasta sentirte. Encima de ti reanudaría aquellas escrituras muertas. Encima de ti retrasaría la hora. Así esta pasión de encontrarte haría pública tu ausencia. Así esta pasión de encontrarte haría pública la inhibición de haberte perdido irremediablemente. Mi memoria recorrería nuestro desorden. Móvil, con un invisible ademán te diría: Adios amor mío. Así de enamorada vería vertiginosa descorrer nuestra historia. Tu oreja en la postal de la muerte. Aquella frenética ilusión de progreso. Aquel desenfadado ideal. La misteriosa soledad de un privado. La engastadura de un anillo de bodas. Nuestro perfil fotográfico de familia onerosa. Los pasajes de Guolag, Viet Nam, Cuatro Alamos y Campo de Marte.

Yo y tú sin retorno apasionados. Yo y tú huéspedes de una morada imaginaria. Tú y yo enamorados. Yo en el Mayo de las flores. Rehenes.

Morando el olvido te diría una noche, que no te lloraría, porque si no estuviera viva quién respondería por nosotros. Quién podría reconocerte sino yo. Quién podría privatizar nuestra fragorosa memoria. Quién te habría llevado atado a mi cuello sabiéndote ido. Quién me habría humillado una vez más. Quién viviría inalterable esta osadía de vivir una lengua exiliada, el atrevimiento de nombrarte y hacerte vivir en la muerte. Vivirte me

haría escribirte, me haría decir: Que nunca te has ido. Mi osadía ha sido pensar lo imposible.

A nosotros nos parece que nunca habría existido el más mínimo Guolag, si las víctimas hubiesen tenido el discurso que tienen hoy día los que lloran sobre ellas. G. Deleuze.

Rosas y Espinas en recuerdo a Sola Sierra

Esta noche es eterna 17 años en una penumbra de sombras, mujeres y hombres desollados con golpes eléctricos, en la vagina, en los pelos de la vagina, en el comienzo de la pelvis, pelos chamuscados, en los pezones, en la punta de los dedos, en la nariz, en las rodillas, en el ano, en los pendejos del ano, en el sobaco con el murmullo de la tarde afuera.

Mientras la noche eterna agonizaba la primavera, en las aguas de los ríos, de los inmensos ríos venían con la corriente abajo murmullos y gritos estridentes, como el grito de Munch, como los huesitos de Guillermo Nuñez, provenían estridentes de la casona del terror, de Borgoño 1470, y del taller literario de la escritora Mariana Callejas, en la calle Londres 48, debajo en el subterráneo, se amortiguaba con las primeras palabras y vocales y sílabas, gritos y pedazos de carne quemada, estallidos de sangre, aullidos, trozos de uñas. Bramidos en la casa de la Venda Sexí, en la noche de Villa Grimaldi, cuelgas de bofes, trenzas de tripas, olor a coagulo, como cuadro satánico en las paredes, fragmentos de entrañas, cuelgas de penes, piso de iris, córneas pegadas, como el Guernica chileno, y aquello que dejó su alma a grito pelado en el comienzo de la noche en pena, sin poder olvidar incluso en el olvido.